

apénas dejó las humildes chozas de la Judea , que fueron su primer abrigo , para disputar al paganismo los palacios de los príncipes y el trono mismo de los Césares , cuando los edictos de los reyes lo condenaron á morir en las hogueras, en los patíbulos y en las catastras preparadas por la crueldad de los tiranos. Signo de contradiccion aquí tambien , se ve envuelto en la tempestad que le levanta el poder de su perseguidor ; pero el que allá triunfó del mundo entero, acá desafia tambien ese mismo poder, descansando inmutable en la promesa del que le aseguró su eterna duracion. Será perseguido , habrá de gemir bajo los hierros de los calabozos , la confiscacion y el destierro le diezmarán ; pero miéntras tanto subsistirá hasta la consumacion de los siglos , *porque las puertas del infierno jamas prevalecerán contra él.*



~~~~~

## CAPÍTULO XXIX.

Polonia. — Varsovia bajo la dominacion moscovita. — Seis millones de católicos triunfarán al fin. — Los condenados á la Siberia. — Una historia que descubre los sufrimientos de tantas víctimas. — Cracovia. — Primeras impresiones. — Visita á la catedral. — Sepulcros de héroes. — Un héroe de otra especie. — Lance curioso. — La Universidad. — La tumba de S. Jacinto. — Los Premostratenses de Bielani. — Silesia.

No quiero tocar de nuevo la cuerda destemplada que lleva el alma á considerar horrores que serán por siempre el borron de nuestro siglo ; no quiero pasear la imaginacion por campos arrasados por la guerra , ni por pueblos que el fuego redujo á pavesas , ni por ciudades que la persecucion dejó desiertas ; no quiero fijarme en esas grandes capitales por cuyas calles atravesando no encontraba á cada paso sino ruinas , que se dejan contemplar en medio del silencio mas profundo. ¡ Varsovia.... Cracovia !.... ¡ Cuántas impresiones recibe el alma visitando estas ciudades, en otro tiempo célebres y hoy reducidas por la adversidad á poco ménos que un montón de escombros ! ¡ La corte de los Boleslaos y Casimiros , cuyas glorias oscurecieron las hazañas mas esclarecidas de los héroes contemporáneos , y subiendo siglos mas distantes , el reino de Krakus y de la bella Wancla , cuyos hechos conservados por la tradicion han dado origen á mil leyendas populares en Polonia ! Pero tal es la condicion de lo humano ; nada es durable de cuanto pertenece al hombre : ¿ quién hoy mismo podria asegurar estar muy



distante la época en que el viajero visite las ruinas solitarias de Lóndres y Paris, cuya grandeza admiramos sorprendidos?

La dominacion del zar se dejó sentir sobre Varsovia mas que sobre alguna otra parte de Polonia. Como la mas rica y mas floreciente ciudad del país, se la creía con mas recursos para intentar la rebelion, y se la afligió tambien mas y mas para debilitarla hasta reducirla á la miseria. En vano se buscaria hoy alguna de esas gloriosas instituciones científicas que fueron en otro tiempo su orgullo y ornamento; en vano la inmensa biblioteca, una de las mas copiosas y mas selectas de Europa; y en vano los objetos grandiosos que en otro tiempo encerraron los palacios que, cual inmenso anfiteatro, se dejan admirar, dominando la que medio siglo atras se llamaba capital de la Polonia. Nada queda fuera del despotismo militar que pesa sobre sus desgraciados ciudadanos; nada fuera de lágrimas que derraman inconsolables las esposas, los hijos y las madres de mil víctimas que trabajan en las minas de la Siberia, ó soportan los horrores del destierro en naciones remotas; ni nada sino el aspecto grosero de los popes y de los militares rusos, que emplean la fuerza para introducir la *ortodoxia* en las conciencias eminentemente católicas de seis millones de Polacos. En los colegios y en las escuelas se echará ménos la lengua nacional, prohibida por ukase del emperador, en las instituciones nacionales se percibirá el desaliento que acarrea el despotismo; pero á la vez en todo corazon polaco se encontrará vivo é indeleble ese amor á la patria que en todos los siglos hizo de Polonia el santuario de la libertad.

El clero católico, á quien repetidas veces los agentes imperiales han asegurado en nombre de su soberano la libertad en el ejercicio de sus funciones sacerdotales, no goza alguna, ni aun aquella que absolutamente necesita para desempeñar las que son de primera necesidad. Él no puede predicar sin que sus sermones sean revisados ántes por una

comision nombrada por la autoridad civil. — Él no puede recibir las abjuraciones que frecuentemente vienen á ofrecer los que fueron obligados á entrar en la *ortodoxia*, apostatando del catolicismo. — Á él está vedado administrar el bautismo á los recién nacidos, sin que sus padres presenten ántes un boleto del juez territorial por el que conste haber pagado un impuesto crecido que exige el zar de sus vasallos que quieren entrar en la comunión católica romana. — Los obispos no pueden administrar las órdenes á individuo alguno que no haya tramitado ántes un largo expediente ante la autoridad local y esperado su fallo para acreditar sus aptitudes. Nada me admira á vista de todo esto la actitud alarmante que la nacion polaca sostiene constantemente contra el autócrata, que despues de despojarla de su libertad, hostiliza sus creencias de un modo tan atroz. Considerando esta conducta tiránica del zar respecto á la Iglesia católica, nadie esperaria que él abrigase pretensiones de influir en el nombramiento de obispos para la Polonia. Mas el que despues de regar la heróica patria de Casimiro con sangre cristiana, y de sepultar por millares bajo las nieves de la Siberia los adoradores de Jesucristo, ha querido llamarse *protector del cristianismo ortodoxo*, pretendia tambien influir en Roma por medio de su agente diplomático para el nombramiento de los que habian de suceder en el episcopado á los que hizo él perecer en los calabozos ó en el destierro (1). ¡Arrogancia que el sucesor de S. Pedro no podia consentir! La Iglesia hará de vez en cuando concesiones graciosas al que defendió con celo sus derechos heridos por el poderoso, al que desenvainó su espada para restituir á su augusta tiara el esplendor que ajó el déspota ó el demagogo; pero jamas consentirá en robustecer la mano de hierro que desgarró la conciencia de sus fieles; jamas en servir de instrumento miserable para afianzar sobre los

(1) Estas pretensiones se dejaron conocer especialmente en 1853.



pueblos la injusta opresion de los tiranos. Cuando una nacion lo ha perdido todo con su nacionalidad, cuando esa libertad misma que recibió de Dios espiró entre los hierros del cautiverio, á sus individuos queda todavía algo libre : es el pensamiento, es la conciencia. La Iglesia católica, que no tiene otras armas que sus principios para defender los derechos de sus fieles, tiene suficiente energía para gritar al tirano : « Deteneos : no podeis mandar sobre la fe; pudisteis conquistar los pueblos reduciéndolos á montones de ruinas, pero aquí espiró vuestro poder. Ese pueblo que entre las desgracias de que le ha rodeado vuestra ambicion conserva todavía su fe, no encontrará en mí, que vivo para proteger y consolar, nuevos motivos de afliccion. »

La provision de los obispados de la Polonia rusa que han quedado vacantes despues de la invasion moscovita encuentra mil dificultades que opone la arbitrariedad del zar. Pero la paciencia de seis millones de católicos podrá alguna vez gastarse del todo.... El patriotismo de los Polacos, que salvó á la Europa de la dominacion otomana, ¿no tendrá fuerza para libertar alguna vez la propia patria del yugo moscovita? La injusticia suele triunfar; pero como su situacion naturalmente es violenta, y necesita oprimir para conservarse, su imperio no puede ser duradero. La Polonia, separada de la Rusia por costumbres, idioma, genio y religion, no podrá vivir tranquila sometida al cetro de los autócratas.

Frecuentemente hemos nombrado á la Siberia hablando de la Rusia, y no podria ser de otra manera despues que las frecuentes deportaciones por causas políticas y religiosas han dado á esas regiones un renombre tristemente célebre. Los deportados allí por verdaderos crímenes son empleados por lo regular cerca de las poblaciones ó en el beneficio de las minas, en cuyo vecindario se encuentran por lo ménos algunas chozas y la compañía de otras personas; mas los desterrados por crímenes políticos son internados á

lugares mas distantes, y colocados léjos unos de otros se les señala un distrito que deben recorrer buscando caza. Aquí con nadie tratan ni á nadie ven sino á los osos y lobos, que les han de proveer las pieles que necesitan entregar cada mes al comisionado para recogerlas.

La siguiente historia nos da alguna idea de las escenas que pasan en la Siberia; ellas, por bárbaras que parezcan, están en perfecta armonía con el carácter del gobierno moscovita, que tantas veces hemos tenido ocasion de conocer. — Era el año de 1796, cuando Onofre Buratewich, apénas ordenado subdiácono por el ilustrísimo señor Dembouski, obispo de Kaminick, predicaba lleno de celo exhortando á sus compatriotas á mantenerse fieles en su fe. Como era de esperar, el celoso predicador, arrestado por el magistrado civil, fué cargado de cadenas y sumido en un calabozo, donde recibió repetidas visitas del magistrado, y asimismo el ofrecimiento de los primeros puestos eclesiásticos que le prometia en nombre de la imperatriz, caso que abrazase el cisma nacional. El generoso confesor permaneció constante; pero su paciencia y su magnanimidad fueron luego sometidas á nuevas pruebas. Conducido á Tobolsk, azotado ignominiosamente por mano de verdugo, llamado á frecuentes interrogatorios entre los criminales, puesto tres ocasiones en la knuta, que dejó sembrado su cuerpo de hondas heridas, fué al fin vestido de groseras ropas y mandado á la Siberia. Allí cerca de millares de compatriotas que vivian en fosas cavadas en la nieve, y á quienes jamas tuvo el consuelo de ver, sin otro menaje que el fusil y municiones que reciben los condenados para emplearse en la caza, y sin otra provision que un poco de galleta negra que concede á sus presos políticos ó religiosos la munificencia del zar, la caza de osos, de tigres y de lobos debia proveerle de comida, y la piel de estos animales enriquecer al emperador, que le castigaba injustamente. El inspector le visitaba cada mes, acompañado de dos popes; aquel recogia las pieles de la



caza, y estos le colmaban de maldiciones, porque no abandonaba sus principios religiosos.

Tres años iban ya corridos de martirio, y Onofre Buratewich no había podido ver á ninguno de los otros condenados, porque las fosas distan mucho las unas de las otras, y la nieve cubre con frecuencia el rastro que podría seguirse para encontrar alguna. Extraviado llegó cierto día cerca de una de ellas. Un hombre estaba tendido; él creyó que dormía, y tirándole de la mano se propuso despertarle. Mas esa mano se desencaja.... el hombre que veía era un cadáver. Una cruz pendiente de su cuello, y en la que estaba escrito un nombre, le hizo ver en el muerto al obispo Dembouski. Era el de este, en efecto, el cadáver que miraba; y aquella mano yerta que él había apretado, tomándola por la de un vivo, era la misma que alguna vez, extendida sobre su cabeza, le había segregado de los hombres y consagrado al ministerio del altar. El hambre, el frío y todos los horrores de su situación le habían hecho morir... Diez y siete años despues Onofre estaba aun en la Siberia, y su vida era casi concluida cuando la amnistía del emperador Alejandro vino á librarle de aquel tan espantoso como dilatado suplicio. Cualquiera ha de percibir en esta triste situación que arrastran los católicos bajo la dominación del zar, la misma que soportaron los mártires bajo el cetro de los emperadores enemigos del nombre cristiano.

Las primeras impresiones que me causó Cracovia no podían ser muy diversas de aquellas que se reciben en Varsovia. Hay no obstante una gran diferencia entre la situación de la Polonia rusa y la que sufre la Polonia austríaca: aquella soporta una doble tiranía; despues de ser sometida por la fuerza, se la persigue por sus creencias, se la combate incesantemente por causa de su religión, á la vez que se prohíbe en las escuelas el uso de su idioma nativo; miéntras que la Polonia austríaca es solamente político el yugo que soporta. No obstante, el aspecto terrible de esta ciudad, to-

mada y asolada por la guerra de 1847, incendiada en gran parte en 1850, despoblada por emigraciones y por expatriaciones, sería también como los montones de escombros que se divisan en medio del desierto de la Tebáida, á no quedar aun una parte pequeña de la población que habitó en otro tiempo la primera capital del reino polaco, la *segunda Roma*, como fué llamada en algun tiempo por el brillante esplendor de sus riquezas. Pero la mayoría de los habitantes de Cracovia son, como los de Varsovia, pobres, medio desnudos, andrajosos y descalzos. Una multitud de judíos se encuentra por las calles, quienes con su barba larga y espesa, con su hábito talar y su gesto desagradable, aumentan la monotonía de esta tristísima ciudad. Acompañado por uno de estos que tenía oficio de *ciceroni*, me eché á correr por aquellas calles, casi solitarias pero llenas de interesantísimos recuerdos.

La catedral, una de las mas antiguas y suntuosas de Europa, verdadero museo histórico en el que se ven representados en oro, plata, piedras y maderas exquisitas los hechos y personajes importantes del reino de Polonia, ha presenciado desde el siglo once todos los acontecimientos importantes de Cracovia. En el centro de la inmensa basilica se ven todavía vestigios del antiguo trono donde los reyes se sentaban el día de su coronación, y el coro inmediato á este lugar recuerda los funerales que se hacían por los mismos soberanos. Allí el escudo, la espada y el yelmo del rey muerto eran quebrados al pié del altar, al mismo tiempo que su cadáver bajaba á reposar en las entrañas de la tierra. Pero ¡cuántos nombres ilustres de reyes, de príncipes y de generales se leen allí! ¡Cuántas glorias nacionales se ven representadas en estandartes arrebatados al enemigo, en trofeos alzados á los guerreros victoriosos y en dones ofrecidos al templo despues de batallas ganadas al enemigo! Casimiro el Grande, Ladislao IV, Juan Sobieski, Cociuszko y Poniatowski, los reyes y los guerreros mas famosos de



Polonia, aquellos cuyas glorias son las de la patria allí descansan... Pero esas glorias pasaron... ese trono ya no existe, esa patria pereció... un silencio profundo reina sobre todas aquellas tumbas; y nadie se acercará para coronarlas de flores en los grandes aniversarios de la nación. « Dios solo es grande : la fortuna es inconstante, » decía aquí mismo un sabio en presencia del conquistador Carlos Gustavo que acababa de tomar á Cracovia; y ciertamente no hay verdad que palpe mas de cerca quien se detenga á contemplar sobre los recuerdos que encierra el templo metropolitano de Cracovia.

Un solo monumento existe entre tantos cuyo héroe recibió veneración bajo el imperio de todas las circunstancias y de todas las vicisitudes que atravesó el reino de Polonia, porque sus glorias no están ligadas con hechos de armas ni con la fortuna del guerrero que da celebridad á uno con el abatimiento del otro. Este héroe, sin derramar sangre, vertió la suya, ciñendo su frente con la auréola del martirio. Víctima de la injusticia de un príncipe, legó al mundo ejemplos gloriosos de amor á la justicia que cien generaciones citarán todavía con respeto, repitiendo el nombre siempre ilustre del invencible Estanislao. Su sepulcro está enriquecido no con los despojos de enemigos vencidos, sino con las ofrendas que le presentan corazones reconocidos á señalados beneficios que recibieron de su munificencia y de su amor.

El riquísimo tesoro de la Iglesia conserva aun alhajas de precio inestimable, no tanto por su valor intrínseco cuanto porque en ellas se nos legan documentos irrecusables de otra época mas feliz para la fe. Un cáliz que trabajó por sus propias manos Ladislao I, una casulla bordada por la princesa Cunegunda, y los paramentos sacerdotales, obra de la reina Ana, prendas son todas estas así de la piedad de sus artífices como del hábito de trabajo de los príncipes que no podría ménos de influir en las costumbres de sus vasallos.

Los vicios que suelen acompañar á los grandes son incompatibles con la larga y asidua fatiga que acreditan estas obras, y mucho mas incompatibles aun con el fervor sincero y ardiente que ellas prueban.

Salía del templo llena mi imaginación de estas ideas, y deteniéndome para tomar nota de un letrado que orna el centro de su soberbio frontis, al instante el cabo de la guardia vecina, llamado por el centinela que me observaba, se acercó á mí para ver qué era lo que yo apuntaba. ¿ Creería acaso que hacia alguna observación sobre las fortificaciones que rodean el palacio real contiguo á la catedral? ¿ Creería que me ocupaba de la ciudadela en que están contenidos ambos edificios? Yo no lo sé. Pero ni la ciudadela ni sus fortificaciones eran el objeto de mis notas.... El militar tuvo ocasión de persuadirse leyendo: *Exaltare super caelos, Deus, et super omnem terram gloriam tuam*. Tristes son las impresiones que dejan hechos de esta naturaleza: ellos arguyen que la autoridad que vigila hasta ese extremo lo que pasa en su territorio no se apoya tanto en el amor de sus gobernados cuanto en la fuerza que le prestan las bayonetas de que dispone. En Cracovia eran para mí aquellas todavía mas profundas, pues oía en todas partes que el obispo, anciano y achacoso, acababa de morir en el destierro. ¿ Qué influencia política podría tener un hombre que contaba ochenta y dos años de edad, y á quien sus enfermedades le tenían colocado desde mucho tiempo atras en los umbrales de la muerte?

La antiquísima universidad de Cracovia y la academia de Santa Ana, á ella anexa, han podido sostenerse á pesar de las convulsiones políticas de la guerra y de las calamidades sin número que han devastado este desgraciado país. Verdad es que, comparando su estado actual con el de otro tiempo, podrá llamarse apenas débil sombra de un esplendor pasado; la universidad de Cracovia, que llegó á registrar, en el año 1400, cerca de quince mil alumnos, venidos de toda la



Alemania y de Hungría para asistir á sus cursos, hoy cuenta apénas cuatrocientos que concurren, y entre estos algunos eclesiásticos enrolados en la universidad para obtener grados académicos. Mas feliz Cracovia que Varsovia, ha conservado su preciosa biblioteca, en la que existen treinta mil volúmenes y dos mil antiguos manuscritos. Si hoy las ciencias no tienen allí entre sus estudiantes ese lustre que la hacia tan célebre como la de París, cúlpese á discordias que dividieron á los ciudadanos; cúlpese á las ruidosas disputas de dos siglos entre los universitarios y los Jesuitas; cúlpese, en fin, á las repetidas variaciones hechas en su sistema bajo la monarquía, la república y el imperio, que sucesivamente presidieron los destinos de Cracovia; mas nada de esto disminuirá ni un ápice el mérito de los Polacos, siempre tan celosos de la ilustracion y de la gloria de su país.

Pocas universidades cuentan entre sus bienhechores un número tan crecido de individuos particulares como la de Cracovia: prescindiendo de los obispos, protectores siempre los mas decididos de las ciencias, los párrocos, los profesores, los nobles, los simples ciudadanos, las señoras mismas parece haberse disputado la noble satisfaccion de cooperar con sus ofrendas al esplendor de un establecimiento destinado á desarrollar las luces en el seno de la nacion. Mil hombres eminentes, gloria de diversos ramos del saber humano, prueban hasta qué grado llenó su objeto la universidad de Cracovia. Nosotros les pagámos un justo tributo visitando sus cenizas en la iglesia de Santa Ana. Dos arrebaron entónces principalmente mi admiracion. ¡Copérnico... el gran Copérnico! Yo contemplaba su estatua de pié sobre su modesta tumba, y me parecia oírle desarrollar en las aulas de la universidad su nuevo sistema, que conmovió la sociedad entera. ¡Juan Kancio! Su sepulcro lo sostienen todas las facultades, porque en todas brilló su ingenio esclarecido, pero aun mas porque á todas edificó con los ejemplos de su

esclarecida virtud. Las altas columnas y los preciosos mármoles que embellecen estos dos monumentos caerán derruidos algun dia; el templo mismo y la universidad, monumentos seculares en los que tantas generaciones de hombres sabios legaron al mundo las herencias preciosas de la virtud y de las ciencias, perecerán tambien. Vendrá dia en que el viajero no encuentre mas que montones de escombros donde florecieron instituciones que fueron la primera gloria de una nacion heróica é ilustrada; mas ese sabio que atravesó la Europa para visitar las ruinas de un pueblo que, como Cartago y Esparta, sucumbió lidiando por su libertad, al pasearse sobre las caidas columnas del templo de la academia: «Aquí, dirá, estuvieron los sepulcros de Juan Kancio y de Copérnico....» La inmortalidad es privilegio del verdadero mérito.

La tumba de san Jacinto es monumento que no puede visitar el extranjero sin admirar la magnificencia de sus fundadores: los mármoles mas bellos, las esculturas mas costosas, las piedras y los metales mas ricos fueron empleados con profusion para honrar en él la memoria del patron de los Polacos. El incendio que devoró una parte considerable de Cracovia en 1850, deterioró tambien esta obra, que hoy no parece mas que pálido reflejo de lo que ántes fuera. Este monumento, despojado de sus preciosidades, subsiste todavía en medio de montones de piedras calcinadas por el fuego, de chapiteles despedazados y de escombros de toda especie, semejante al árbol solitario que en tierra inhabitada permanece cual postrer recuerdo del desolado jardin. Una cosa, á pesar de todo, ví conservarse intacta en rededor de este sepulcro: ese espíritu fuerte, activo, generoso que animó aquellas cenizas y hoy anima á sus hermanos que, como los profetas que sobrevivieron al cautiverio, habitan entre las ruinas de Sion y en las soledades de Cedar. ¡Cuántos encontré entre estos buenos religiosos que habian vivido largo tiempo en la Siberia! ¡Cuántos otros que atravesaron



á pié, escapando de la persecucion del zar, las provincias mas vastas de su imperio!

Las órdenes monásticas conservan por lo general en el reino polaco su fervorosa disciplina; y uno de los motivos que á mi juicio ha obrado este efecto saludable, es la accion directa que sobre ellas han tenido sus jefes superiores. No olvidaré las impresiones que experimenté visitando el monasterio de Bielani, tan célebre por su rigidez desde dos siglos atras. Bajaba de la colina de Kociuszkó, desde cuya altura largo rato habia contemplado las campiñas desiertas de los alrededores. Los movimientos del Vístula describian un inmenso territorio, pero ni un individuo se divisaba atravesando este para cargar las embarcaciones que habian de exportar las ricas manufacturas de Cracovia, ni el caudaloso rio contenia un solo esquife miserable sobre sus aguas. Cracovia parecia un inmenso monton de ruinas sobre las que reinaba un pavoroso silencio... Descendí, y despues de atravesar durante média hora una selva espesa, descubrí el monasterio de Bielani. Ninguna persona se veía por allí; entrando al monasterio, vimos en la iglesia reunidos los monjes para el canto de la *Salve*. No me admira que Bernardino de Saint-Pierre se arrodillase por un movimiento involuntario oyendo los acentos majestuosos de un coro de Capuchinos. Yo, delante de los Camaldulenses de Bielani, delante de la devocion profunda que se dejaba ver en cada religioso, oyendo los acentos acordes de tantas voces que resonaban en aquel desierto, siempre silencioso, percibí hasta dónde puede animarse ese sentimiento que revela bien á nuestro espíritu la grandeza incomprendible de su soberano Autor y le anonada en su presencia. Los monjes de Bielani, expulsados de su monasterio en diversas ocasiones, como lo fueron todos los regulares de Polonia, han vuelto á él sin que el contagio del siglo ni las vicisitudes de las diferentes épocas que atravesaron les haya hecho perder algo de su primer fervor. La desnudez de los monjes, la

estrechez y pobreza de sus celdas, absolutamente separadas unas de otras, la austeridad de la regla á que viven sometidos, me mostraban bien conservarse aun en el seno del catolicismo el espíritu que brilló en Oriente y en Occidente durante los bellos dias en que vivieron los santos Romualdo, Pacomio, Antonio y Benedicto. ¿Mas qué ventajas reporta la sociedad de una institucion como la de Bielani? Á los que buscan solamente lo material y positivo para satisfacer sus deseos, contestaremos que estos monjes distribuyen en limosnas todo lo que les sobra despues de satisfacer sus escasísimas necesidades. Mas en mi juicio no es este el primero entre los bienes que dispensa: «El alma vale mas que la comida, y el espíritu mas que los vestidos.» Los monjes con sus ejemplos edifican á la sociedad, dispiertan la fe adormecida de una generacion materialista, y condenan las costumbres relajadas de los que no viven sino para el placer. Entre ellos encuentra un asilo seguro el desgraciado; allí va á ocultar sus miserias el arrepentido, y á lavarse con lágrimas de por vida el que insultó á Dios y manchó á la sociedad con crímenes abominables. No vive siempre con el hombre ese incentivo que le arrastra á los placeres; la pena y el remordimiento vienen tras él como castigo que merecen sus delitos; el mundo fastidia entónces, el corazon busca otras compañías, el silencio y el retiro, el dolor y la compuncion le saben mejor que cuantas satisfacciones experimentó: la sociedad ha perdido todos sus atractivos, el individuo quiere abandonarla, porque le es insoportable, sus deseos se hacen cada vez mas vehementes; y cuando en el silencio de la média noche oye el sonido de la campana que llama á los monjes á la oracion, descubre que existe un lugar donde el arrepentimiento encuentra las amistades que le convienen: allá corre; y al entrar, su alma se inunda de gozo, leyendo escrito: «Venid los que estais cansados y fatigados, aquí encontraréis alivio.»